



QUÉ DEBE HACER EL CRISTIANO ANTE LOS ATAQUES A LOS VALORES DE LA FAMILIA

Link a YouTube <https://www.youtube.com/watch?v=lwTWfbJsotM>

La ponencia nos ha propuesto el título *De qué debe hacer el cristiano ante los ataques a los valores de la familia*. Ese es el título de la ponencia y obviamente creo que es importante que comencemos por un buen diagnóstico; si no se tiene un buen diagnóstico, difícilmente seremos capaces de acertar cuáles deben ser nuestras prioridades, y cómo abordar el problema.

Un buen diagnóstico es algo que tenemos que pedir también al Espíritu Santo dentro de ese don de discernimiento que nos quiere dar. La Iglesia pide el don del espíritu para discernir, para hacer una lectura de los signos de los tiempos, sabiendo cómo el reino de Dios se está realizando, pero también al mismo tiempo que el reino de Dios se realiza, hay muchos antivalores, conviven los valores del Reino de Dios con muchos antivalores, y hay que discernir para saber distinguir una cosa de otra.

Recientemente, todavía este año, la Conferencia Episcopal Española publicó un documento con el título de *El Dios fiel mantiene su alianza*, y era un documento en el que se hacía un diagnóstico de nuestra crisis y al mismo tiempo también una propuesta de cómo abordarlo. ¿Cuál era el diagnóstico? El mal que estamos viviendo es un mal de desvinculación: nos desvinculamos de todo. Nos comenzamos por desvincular de Dios; uno se desvincula de Dios, se desvincula de la familia, se desvincula de la propia sociedad, se desvincula de su cultura, de sus raíces, de su historia. Al final, se desvincula hasta de su propia antropología; ya no sabe ni quién es. Una crisis de desvinculación. ¿Y cuál es la propuesta que se hace en ese documento? Contra la desvinculación, redescubramos la alianza; hemos sido creados por el Dios de la alianza, Dios nos llama a la alianza. Frente a la desvinculación, alianza. Esa es la tesis de ese documento. Os he evitado leerlo, así de fácil: desvinculación, alianza.

Algunos signos de esa crisis: creo que al desvincularnos de Dios en esta gran secularización en la que estamos viviendo, lo que estamos viviendo es una primacía de lo superfluo, una primacía de la frivolidad; algunos la llaman una cultura líquida. Las grandes preguntas por el sentido de la vida han sido sustituidas por preguntas frívolas y perentorias. La gran pregunta: ¿qué sentido tiene esta vida? ¿qué hay después de la muerte? muchas veces ha sido sustituida por: ¿qué planes tienes para este fin de semana? o si te has comprado el último modelo del iPhone. Es verdad, hemos sustituido lo trascendente por lo frívolo y lo superfluo. Es una característica de dar la espalda a la gran pregunta por el sentido de la vida, porque hay algo que es clave: ¿cuál es el sentido de la vida? Es una característica de la sociedad secularizada: se pone de espaldas a la pregunta por el sentido de la existencia. Bien es verdad que luego la vida nos pone en situaciones en las que ya es imposible escaparse de esa pregunta, y hay una providencia de Dios en la que, aunque intentemos escaparnos de esa pregunta, bien sea por una enfermedad, bien sea por el fallecimiento de un ser querido, vete tú a saber, reveses en la vida, situaciones... al final, el sentido de la vida te sacude de la frivolidad de la existencia.

También creo que otro signo de esta gran crisis es el concepto individualista de libertad que tenemos. Se ha ido generando poco a poco como si el máximo valor fuese mi libertad individual, mi proyecto de autodeterminación; eso parece que es lo que más se valora en nuestra cultura: la autodeterminación. Yo decido, hago lo que quiero, soy libre. Esto caracteriza nuestro tiempo: el derecho a decidir. Yo tengo derecho a decidir. En España también hemos aprobado la Ley de eutanasia: tengo derecho a decidir cuándo y cómo me muero. El derecho a decidir, el derecho a suicidarse; fíjate qué derecho es ése. Es un concepto de libertad desvinculada, un concepto de una libertad que no atiende a una verdad. Jesucristo nos dijo: *La verdad os hará libres*. Y hoy en día, este antivalor te dice: la libertad me hará auténtico. ¡Hombre!, te hará auténtico si la utilizas bien. No es cierto que la libertad te hace auténtico; te hace auténtico si la utilizas bien. Es la verdad la que te hace libre, no tanto la libertad la que te hace auténtico. Si la libertad la oponemos a la verdad, si la oponemos a la obediencia, pues entonces tenemos un serio problema; hemos opuesto libertad a obediencia a la verdad, entonces es un problema.

Decía Chesterton, y su palabra siempre es provocativa: *¿Por qué todos los tontos del mundo se piensan que solo son libres cuando desobedecen? ¿Y por qué no cuando obedecemos?* No se nos ocurre decir "soy libre, obedezco"; solamente se nos ocurre decir "soy libre, desobedezco". ¿Pero por qué hemos caído en esa trampa? La verdadera libertad está en reconocer la verdad y ser obediente a ella; claro, esa es la verdadera libertad.

Por eso, ante esta crisis individualista de una libertad desvinculada, hay que decir que la familia se nos presenta como el verdadero refugio, como el último refugio de la libertad del mundo. ¿Dónde somos verdaderamente libres? En el seno de la familia. En el seno de la familia es donde somos verdaderamente libres, ahí es donde experimentamos. ¿Por qué? Porque tenemos un compromiso con la verdad, porque allí nos queremos y allí nos corregimos y nos ayudamos, allí vivimos la verdadera libertad. La familia se presenta como el último refugio, el verdadero refugio de la libertad del hombre frente a esa imagen de que para ser libre yo necesito desvincularme de todo, romper con mi familia, hacer mi proyecto aparte.

La tercera característica de esta gran crisis que vivimos la describiría de la siguiente forma: el deseo sustituye a la voluntad. Suelo contar una anécdota que me pasó no hace mucho en unas confirmaciones, en las que estaba con un grupo de chicos que se iban a confirmar. Quise tener un pequeño diálogo para ayudarles a pensar, porque también creo que es bueno ayudarnos a pensar. Se me ocurrió decirles: A ver, ¿quién de vosotros me dice qué diferencia hay entre *quiero* y *me apetece*? Y se quedaron un poco cortados. Uno empezó a intentar explicarlo y dice: Pues a ver, quiero una cosa, quiero es pues que me apetece; y me apetece pues es que quiero. Obviamente no era capaz de distinguirlo. Y, por ayudarles, se me ocurrió preguntarles: A ver, vuestro padre por las mañanas, ¿a qué hora se levanta para ir a la fábrica? Y dice uno: Pues a las 5 de la mañana. Y le digo: ¿Y tú crees que le apetece? Dice: No. ¿Y tú crees que quiere? Dice: No, tampoco. Digo: Pero querer si quiere, querer... O sea, me quedé impresionado, que yo pensaba que les había puesto el ejemplo perfecto para distinguir entre *quiero* y *me apetece*, pero eran incapaces de hacer la distinción. Hemos llegado a generar una cultura en la que cuesta distinguir *quiero* y *me apetece*, y en esa distinción nos va la vida.

Distinguir entre *quiero* y *me apetece* supone obviamente que hay una falta de señorío dentro de nosotros. Uno se piensa que es libre y resulta que dime de qué presumes y te diré de qué careces, porque tú tienes una falta de señorío sobre ti mismo y al final no es que tú hagas lo que te dé la gana, haces lo que te mandan tus ganas, que esas ganas son verdaderamente dictatoriales y hacen contigo lo que les dé la gana. Entonces uno pierde el señorío, pierde la libertad sobre sí mismo.

Sin embargo, fijaos en cómo la tradición cristiana nos ha enseñado que la libertad tiene que conseguirse después de abordar una gran batalla dentro de nosotros. Yo soy hijo también de San Ignacio de Loyola, aparte de que llevo su nombre, José Ignacio, también es el patrono de la tierra en la que nací, y San Ignacio hablaba del *agere contra*, es decir, ir contra ti mismo: sé capaz de negarte a ti mismo tus caprichos, porque si tú no eres capaz de negarte a ti mismo tus caprichos, en el fondo tú no gobiernas en ti mismo, tú no eres libre.

Creo que otro de los males de nuestro tiempo que configura también la existencia es el hecho de que a veces se confunde moralidad con legalidad. Los estados nunca han sido cristianos, vamos a ser claros, pero como ha habido un cierto tiempo de cristiandad en el que lo legal solía estar dentro de un espectro de moralidad, pues resulta que hay una identificación: lo legal es moral, y entonces ha surgido una gran crisis; parece como si mi punto de referencia fuese lo que es legal, pero eso es una gran debilidad.

Incluso creo que estamos viendo cómo una de las debilidades de la democracia se traduce en la dificultad de abordar temas del bien común. ¿Por qué? Porque los políticos están inexorablemente atados a tener que ganar las próximas elecciones que son dentro de 4 años, como mucho. Entonces mi objetivo es ganar las elecciones; tengo que intentar hacer promesas a corto plazo que no aborden los temas de fondo, porque tengo que hacer regalos para que dentro de 4 años yo sea votado. Pero eso supone no abordar problemas de fondo para nada: los temas de la familia, los temas de la natalidad, los temas que suponen una perspectiva de futuro, del endeudamiento público, nada, todo eso no se aborda porque vivimos mirando las encuestas y mirando los previsibles resultados electorales dentro de muy pocos años. Así no existe una perspectiva de búsqueda del bien común, sino que la perspectiva es que yo pueda seguir gobernando, y en cuanto consiga el próximo gobierno, de nuevo estoy pensando en las siguientes elecciones para seguir gobernando. No abordamos los verdaderos problemas del hombre que exigen no un cortoplacismo de tres o cuatro años, exigen tomarse las cosas más en serio, haciendo las grandes apuestas del futuro de la sociedad.

Y así de esta manera, renunciando a los grandes ideales en ese cortoplacismo, en esa cultura frívola, de repente en estos últimos años se ha introducido lo que podíamos llamar las ideologías del deseo. Y las ideologías del deseo, porque yo soy de los que vi caer el Muro de Berlín el año 89 y me acuerdo de que fui tan ingenuo... yo era un sacerdote recién ordenado y recuerdo que escribí un artículo que se llamaba *La caída de las ideologías*. Me parecía que las ideologías caían con el muro de Berlín, que era como una nueva oportunidad para la humanidad, ya caía el marxismo y entonces podíamos quizás pensar en una sociedad en la que sin esas ideologías que tanto nos condicionaban podíamos construir un bien común. Fui tan ingenuo que pensé eso, pero claro, el maligno sabe jugar sus bazas: cayó el Muro de Berlín, pero aquellas ideologías, como si de una metástasis del marxismo se tratase, se reencarnaron o se hicieron presentes en otras ideologías, que principalmente son las ideologías LGTB, pretendiendo hacer una antropología alternativa del hombre, un rediseño antropológico, un rediseño de la familia, del matrimonio. Por eso estamos ahora hablando de un diagnóstico; yo creo que lo que caracteriza nuestro tiempo, la cumbre de esta gran crisis, es sobre todo una gran crisis antropológica en la cual han confluído lo que antes era el marxismo, lo que era el liberalismo... Ahora parece que todos se han puesto de acuerdo, marxismo, liberalismo, todos se han puesto de acuerdo en esta especie de bandera de la ideología del deseo, que esta gran crisis antropológica tiene características muy evidentes.

Como es una imagen del amor libre en el que se desvincula el amor del sexo, y el sexo de la procreación. La vivencia de la sexualidad, del amor, de la afectividad está desvinculada. En España hay una conocida película de Almodóvar que tiene como título

¿Por qué le llaman amor cuando quieren decir sexo?, si en realidad quiere decir sexo; así se titula la película.

La mentalidad antinatalista: la sociedad ha perdido la esperanza en este momento. Curiosamente España, Italia y Portugal, que han sido los países de gran tradición cristiana, tienen el índice de natalidad más bajo del mundo. No han existido históricamente unos registros de natalidad como los que actualmente tenemos en estos países de raigambre de historia cristiana. Nos hemos desvinculado de nuestras raíces y ha sobrevenido esta crisis; para poder tener hijos hay que tener esperanza, si no tienes esperanza no te abres a la vida.

Curiosamente el animalismo ha sustituido en gran parte ese vacío afectivo de los hijos, eso es una realidad. En España estamos viendo ya con cierta normalidad cómo se va por la calle con el carrito del coche, pero resulta la sorpresa de que en vez de llevar un bebé se lleva un perro. ¡Por Dios, por Dios! Eso en España lo estamos viendo por las calles, y a veces uno dice: "Señora, déjele al perro ser perro, o sea, a ver, que el pobre perro ladre y corra". Incluso se ha acuñado el término de *perrijos*, o sea, que no tenemos hijos pero tenemos *perrijos*. En España hay muchas más mascotas que hijos, o sea se ha invertido eso. Esto es un retrato de una gran crisis interior, es como que el hombre necesita amar y sustituye el amor por un cierto afecto, es todo un reflejo, es todo un retrato. No sabemos lo que nos pasa, y precisamente eso es lo que nos pasa, es que no sé qué me ocurre y entonces intento buscar en un animal una compensación afectiva de mi soledad interior.

El ecologismo ideológico también intenta suplir tu falta de ideales. No tienes ideales, sustituyes los 10 mandamientos; parece como si el hombre necesitase un gran marco de los 10 mandamientos, si no lo tengo pues me los busco en un ecologismo ideológico el cual parece algo que en sí es un valor, porque por supuesto la ecología es un valor, pero, cuando se toma como un valor absoluto y desvinculado, pretende suplir los 10 mandamientos de la ley de Dios.

Y en esta desvinculación, quizás uno de los últimos puntos más cumbres a los que hemos llegado es la pretensión de que uno se desvincule de su propia identidad: yo no tengo por qué estar sujeto a ser hombre o ser mujer, yo tengo derecho a decidir mi propia identidad. Quizás esa sea ya la crisis antropológica llevada a su cumbre, aunque uno nunca puede decir que todavía no se nos puede ocurrir algo más, es una crisis máxima que dice: "A mí nadie tiene por qué decirme que yo soy hombre o soy mujer". Es como decir: los genes a mí no tienen por qué imponerme mi identidad. Es increíble, porque digamos que nosotros hubiésemos dicho: lo lógico es que uno dude de su subjetividad, dude de una verdad subjetiva; pero aquí más bien hemos llegado a dudar de la verdad objetiva y poner mi subjetividad por encima de todo, de la propia objetividad y de la propia biología.

En España se está generando una gran crisis a este respecto, porque no estamos hablando de que hay algunos casos que necesitaban ser acompañados, estamos hablando de que se está generando crisis desde estos parámetros, en la enseñanza infantil y primaria, y está habiendo quien habla de auténtica pandemia de disforia de género, provocada por unos parámetros en los que a los niños, en sus propios libros de texto se les enseñan distintas posibilidades de lo que ellos puedan llegar a ser, y entonces se les genera una crisis donde no la tenían. Se ha publicado un libro con gran éxito de venta titulado *Nadie nace en un cuerpo equivocado*, publicado por dos catedráticos, pero lo curioso es que otra clave de esta crisis que vivimos es la cultura de la cancelación, en la que en este momento hay una gran presión para impedir la libertad de que alguien diga algo distinto a lo políticamente correcto, y los intentos de presentación de un libro de este estilo enseguida son boicoteados, son prohibidos, son perseguidos. Es decir, lo curioso es que se había proclamado que estábamos en la sociedad de la libertad, pero lo curioso es que hemos entrado en una cultura de la

cancelación en la que quien no se ajuste a lo políticamente correcto es cancelado, sencillamente.

Llegando incluso en España también a algunos límites que no pensábamos que íbamos a llegar, como por ejemplo la Ley de Memoria Histórica, en la que las leyes nos dicen qué memoria tenemos que tener de la historia, qué tenemos que pensar de la historia, cómo tenemos que juzgarla, quién es el bueno y quién es el malo de la historia, y entonces eso se impone por ley; y si alguien hace una lectura distinta de la historia, es cancelado.

Quiero decir que este panorama que estoy presentando sé que es duro, pero creo que lo que ha acontecido en España todos somos conscientes de que no es un tema que acontezca en una, dos, tres, cinco o seis naciones; estamos ante una perspectiva de nuevo orden mundial en la que las ideologías que parece que habían caído, en el fondo se han reformulado en la ideología del deseo, en una nueva antropología. Y tenemos que ser conscientes de ello, porque ¿cómo voy a abordar una crisis si no soy consciente de ante quién estoy? Hay que identificarla. Pero como decía ese documento de la Conferencia Episcopal Española, el problema es la desvinculación, pero la solución es la alianza.

Y la alianza de Dios con nosotros, la alianza de la Santísima Trinidad con la humanidad tiene un lugar cumbre para realizarse que es la familia y la iglesia, pero ahora me refiero especialmente a la familia. La familia es la respuesta en primer lugar. Démonos cuenta de que tenemos que entendernos a nosotros mismos no de una manera individualizada. Para empezar, yo no soy un individuo, soy una persona, que hay una gran diferencia entre ser individuo y persona. Con perdón de Descartes, que tenía esa concepción individualista, *pienso luego existo*, como si la existencia naciese cuando tú te pones a pensar. Nosotros decimos: *soy amado luego existo*; partimos de un amor absolutamente libre que es el amor de Dios que ha decidido amarnos y crearnos. Entonces reconocemos en nuestra existencia una iniciativa de Dios; somos imagen y semejanza del Dios trinitario, a su imagen y semejanza hemos sido creados. Y de ahí nace esa alianza como respuesta a esa desvinculación.

Y creemos de verdad que en la familia aprendemos ese amor de Dios; aprendemos a dejarnos querer en el seno de la familia. Y vemos que cuando ha habido carencias afectivas en el seno de la familia, esa herida es muy seria y hay que ver cómo se complementa y cómo se suple. En la familia aprendemos que el amor es gratuito, que el amor es incondicional; en la familia aprendemos a compartir, y es un ejercicio duro, una tarea dura que tiene lugar en el seno de la familia. ¿Qué es lo primero que aprende a decir un niño? "Esto es mío". Eso es lo primero, "esto es mío". Para enseñarle a decir cómo una cosa se comparte con los demás tiene que haber una gran tarea educativa; en la familia se nos enseña a compartir, en la familia se nos enseña a priorizar a los más débiles. Cuando alguien está enfermo en el seno de nuestra familia, movilizamos la familia para ponernos al servicio del enfermo; y si el abuelo está enfermo, o alguien en la familia, nos movilizamos en favor del débil. Allí aprendemos que no es verdad que nosotros estemos sujetos a la ley de la selva; en la familia lo aprendemos: el más débil es el que marca el ritmo de la familia y todos nos acompasamos a él.

En la familia aprendemos que somos lo que somos porque nos hemos podido subir sobre los hombros de los que nos han precedido; aprendemos a valorar nuestros antepasados, a entender que la vida no nace conmigo, a ser humildes. ¿Qué tengo yo que no haya recibido? Si todo es don, si todo es gracia. Estos días he compartido en redes sociales un mensaje de Chesterton también en el que dice la importancia de la tradición que en el seno de la familia hemos recibido, la consciencia de la tradición, y dice Chesterton: *La tradición es la democracia que reconoce el derecho al voto de nuestros difuntos, de nuestros antepasados*. Es muy gracioso, Chesterton dice la tradición es la democracia que les da derecho al voto a los antepasados. A ver, que

aquí no votan únicamente los que están vivos, los que vivieron también votan, y esa es la tradición. Claro, porque en esta vida, en el seno de nuestra familia, hay cosas que las hemos recibido; aquí no votan solo los que estamos de momento en esta vida, que por un momento estamos, luego tendremos derecho a voto cuando muramos porque formaremos parte de la tradición. Esa es nuestra concepción, que no es una existencia individualista. Todo eso se aprende en el seno de la familia y, por supuesto, en el seno de la familia se aprende la apertura a la trascendencia, la apertura a Dios. Lo que pasa en esta casa, en esta familia, es demasiado grande para haber nacido de nosotros; una familia es un milagro y es tan maravillosa que no puede haber nacido de sí misma, ha nacido de Dios. Una familia es un lugar en el que se reconoce la presencia de Dios, se entroniza el Sagrado Corazón de Jesús en su seno para que Él nos enseñe a amar, para que aprendamos a amar en el seno de la familia.

Decía San Juan Pablo II, y esta es la tesis del diagnóstico: *En torno a la familia y a la vida se libra el combate fundamental por la dignidad del hombre*. Hoy en día, en torno a la familia, en torno al reconocimiento de la dignidad en la vida, ese es el combate fundamental en el que está en juego la dignidad del hombre. Por lo tanto, frente a la desvinculación, alianza, y la familia es alianza, y así de esta manera afrontamos esta gran crisis, pidiendo a Dios la fortaleza de nuestras familias.

Hay otra cita más de Chesterton, perdonad que recurra a él con tanta frecuencia, dice: *El capitalismo, al igual que el marxismo, está en guerra con la familia; desea que sus víctimas sean individuos o, dicho de otro modo, átomos. Sin la familia quedamos desvalidos frente al Estado. Cuando los hombres están solos y divididos son débiles*; el Estado prefiere tener como interlocutor no a la familia sino a un individuo, al individuo lo manipulo más fácil, tanto el marxismo como el capitalismo, porque le interesa tener más consumidores, porque consumen más seis individuos individualmente que una familia de seis, eso está claro. El capitalismo prefiere tener individuos consumidores, no familias que son austeras, saben regirse, saben consumir lo que necesitan y no necesitar lo que se consume; y el marxismo prefiere tener como interlocutor al individuo al que se le manipula más fácil que a una familia que tiene tradición, y a la tradición no la manipulas tan fácil. Cabe esta reflexión: al marxismo y al capitalismo no les interesa la familia, los dos están en guerra con la familia. Y nosotros, desde nuestra concepción católica, desde la doctrina social de la iglesia decimos: familia y familia. Como decía Chesterton, una familia fuerte es como un estado libre que tiene capacidad de defensa, que tiene capacidad de hacer unas fronteras frente al influjo del mundo; una familia fuerte es como un estado libre.

Pero como el título de la ponencia era *Qué debe de hacer el cristiano ante los ataques*, voy a responder a la pregunta, porque si únicamente describo los problemas pero no describo la respuesta, entonces no he respondido al título de la ponencia. Voy a ello.

¿Y entonces qué tenemos que hacer? Lo primero ya lo habéis visto, me he prodigado en ello: hay que tener capacidad autocrítica. Una cosa es ser un críticón de los defectos ajenos y tú no tienes ninguno; pero tener capacidad crítica, tener capacidad de lectura de los signos de los tiempos desde la doctrina social de la iglesia es necesario. Es necesario porque todavía hay algo más grave que el hecho de lo que está ocurriendo, y es que ocurra sin resistencia alguna por nuestra parte; eso sería todavía más grave. Por ejemplo, en España, últimamente, con el tema de la pandemia, se han introducido muchas leyes sin resistencia alguna. De repente nos vemos de la noche a la mañana con la Ley de Eutanasia aprobada, pero si es que no ha habido una resistencia social, no ha habido ni siquiera una nueva Ley de Educación en la que a los padres se les ha limitado en gran manera su patria potestad en la educación de sus hijos sin que haya resistencia. Con esto de que estamos de pandemia estamos todos desactivados, o sea la capacidad de resistencia se ha disminuido mucho. Ahora, si estas últimas leyes que se han aprobado en España se hubiesen intentado aprobar hace 10 años, hubiese habido una resistencia muy superior; pero es que ha habido con el paso de los años un

desactivarnos y un perder capacidad crítica, y eso es muy grave. Por lo tanto, obviamente, capacidad crítica; para eso es bueno formarse, para eso es bueno leer y ver de qué manera hacemos un diagnóstico de la crisis del momento.

Pero, en segundo lugar, es importante pasar de la crítica a la autocrítica, porque si entre nosotros hubiese más santos esta crisis no hubiese podido acontecer. Yo creo que también esto vamos a decirlo claramente: esta crisis de secularización tan grande que ha acontecido también tiene una explicación porque qué poca fuerza hemos tenido de convicción y de arrastre desde la santidad; porque si no, no hubiese podido imponerse de esa forma. Esta crisis se ha impuesto por defecto nuestro, por carencia nuestra; si nosotros hubiésemos vivido con más intensidad, con más santidad el mensaje de Jesucristo, difícilmente hubiese venido a invadirnos esto de esta manera y con tanta facilidad. Entonces aquí hay que hacer una autocrítica. Igual que la mediocridad es contagiosa, también la santidad es contagiosa; entonces, existe una crisis de santidad. Una crisis de santidad, por supuesto, existirán santos de la puerta de al lado como decía el Papa, pero es que tenemos que tomarnos en serio la llamada universal a la santidad que tenemos todos, y mostrar también al mundo tantas páginas bellas en la historia de la Iglesia que existen y que quizás están veladas.

En tercer lugar, eso supone vivir en un estado continuo de revisión y de conversión, siempre convirtiéndonos; nunca teniendo una sensación de que yo ya estoy convertido o yo ya más o menos me educaron cristianamente y lo que tuvieron que transmitirme ya me lo transmitieron. Nos tenemos que sentir siempre como alumnos de primero de primaria; tenemos que tener esa conciencia de que Dios todavía nos tiene que mostrar lo mejor de su mensaje, estar siempre en esa apertura también desde el punto de vista matrimonial. En España se ha introducido con bastante éxito en muchas diócesis una oferta a los matrimonios de renovación anual. Igual que existe en nuestros vehículos a partir de ciertos años uno tiene que ir a revisarlo técnicamente para ver si el automóvil... allí se llama la ITV, aquí he preguntado y me dicen que se llama el revisado, el revisado del automóvil. Bueno, pues en España se ha puesto en marcha lo que se llama la ITV matrimonial; yo os propongo que también pongamos en marcha el revisado matrimonial. Porque ese revisado matrimonial es el decir: a ver, yo tengo que estar siempre revisando mi matrimonio, volviendo a preguntarme por este aspecto, el otro y el otro; no dar por supuesto que en mi matrimonio ya se vive esa llamada a la santidad.

El Sacramento del Matrimonio puede ser un lugar de crecimiento y de conversión, y así está llamado a ser; pero también a veces el sacramento es un lugar de instalarse en la vida. Me instalo, ya está. Como a veces también nos pasa a los sacerdotes, que a uno cuando es seminarista o es novicio se le exige y entonces tiene que dar lo mejor de sí mismo porque si no te van a pasar informes y no te ordenan; pero ya te han ordenado cura y entonces ya me instalo. Uno cuando es seminarista o cuando es novicio parece que tiene que dar el do de pecho, pero cuando ya ha llegado a estar en el estatus de funcionario... bueno, pues lo mismo pasa con el matrimonio. Lo mismo pasa con el matrimonio y eso es un cáncer; es un cáncer en la vida sacerdotal, es un cáncer en la vida religiosa, es un cáncer en la vida matrimonial. El revisado matrimonial es clave, o sea, el matrimonio no es un lugar, el sacramento no es un lugar en el que ya estoy instalado, ya me he colocado. En España eso se llama ser un funcionario, porque si eres un funcionario del Estado ya tienes trabajo para toda la vida, "como ya estoy casado, pues ya". Eso es un mal moral muy grande porque el amor tiene que ser reconquistado día a día y nos tiene que llamar a la santidad. Es el escenario principal de mi santificación, es el lugar principal en el que se ponen en práctica las obras de misericordia: corregir al que yerra, dar buen consejo al que lo necesita; también es verdad que dice sufrir con paciencia los defectos del prójimo. Todo hay que integrarlo, hay que integrar una cosa y otra, pero es que es en el seno del matrimonio donde se tiene que producir ese corregirnos, tener paciencia, ayudarnos, o sea, ese equilibrio es en el seno del matrimonio.

Y qué importante es que vencamos el amor propio, que cuando nos corriamos entre nosotros no nos sintamos humillados: "¡Ya estás otra vez!", que no te pongas a la defensiva; que te están ayudando, que te están intentando iluminar para que crezcas en la vida. Que las correcciones que se nos hagan en el seno de la familia las admitamos, las acojamos como un regalo de Dios; que no las hagamos como una revancha, pero que no sea nuestro amor propio el que nos ponga a la defensiva frente a las correcciones. Por desgracia, a veces en el seno del matrimonio puede haber también pactos implícitos de mediocridad, como diciendo: "Venga, si tú no me reprochas esto, yo no te reprocho lo otro". Eso también puede existir en el seno del matrimonio: pactos implícitos de mediocridad, pactos de egoísmo. "Yo paso por alto tu mediocridad a cambio de que tú pases por alto la mía"; eso también puede ocurrir. ¿Pero para eso nos hemos casado? Nos hemos casado para ayudarnos a la santidad, para ayudarnos a dar lo mejor de nosotros mismos. Luego, ¿yo qué puedo hacer ante esta gran crisis matrimonial? Apostar por el renovado matrimonial, por la santificación del matrimonio, de la familia. Lo cierto es que esta cadena de mediocridad se rompe por la conversión; ¿cuál es el mayor regalo que yo puedo dar a una familia?, pues es la conversión. Yo tuve un profesor del seminario que me marcó mucho la vida, se llamaba don José Antonio Sayés, y él nos decía: *"Mirad, para que una familia funcione y no se rompa, tiene que haber en ella por lo menos un tonto"*. Lo que el mundo entiende por un tonto: o sea, alguien que asuma todas las cosas, alguien que cargue, que haga las tareas. Este es tonto, porque claro, parece que al que sirve en este mundo le llaman un tonto. Entonces decía él: *"Para que un matrimonio no se rompa, para que una familia no se rompa, tiene que haber por lo menos un tonto; y para que una familia sea feliz, tienen que competir todos a ver quién es más tonto"*. Entonces será cuando esa familia sea plenamente feliz, cuando ellos se olviden de esta lógica mundana en la que parece que el listo es el que vive bien y no hace nada, y entiendan que la sabiduría de Dios es la de en todo amar y servir, la de elegir el último puesto, la de elegir el puesto del servicio. Eso que el mundo entiende que es hacer el tonto, que entendemos que es lo que te hace feliz: amar y servir. Eso creo que tiene que ser revisado en el seno de la familia.

Algún detalle más me atrevo a dar y voy a ir concluyendo. Creo que una prueba de autenticidad en el amor matrimonial es también el amor entregado y servicial a la familia política, no sé si aquí también se dice ese término de familia política, es decir, el hecho de que, si yo amo a mis suegros y los amo con todo el cariño y les sirvo en sus enfermedades y en sus necesidades, es ese amor que trasciende la carne y la sangre, que no solamente se entiende por un amor esponsal, ese es el mayor signo del amor espiritual. Cuando eso se da, cuando yo me entrego a mis suegros como si fuesen mis propios padres, no hay prueba más fuerte de autenticidad del amor, de que una familia funciona bien, porque hemos superado los límites de la carne y de la sangre y hemos dejado que el espíritu lo invada todo.

Por eso es muy importante que cuidemos la gran familia frente a un modelo de familia nuclear. Vamos camino de que la familia sea menos extensa y cada vez estamos hablando de familia nuclear: marido o mujer, si es que están casados, y el niño y el perro. Creo que el modelo de familia extensa en la que nos encontramos con los primos y los suegros es una riqueza muy grande, y la dinámica de esta sociedad nos lo está robando.

Otra pequeña indicación a tener en cuenta: qué importante es que en este revisado matrimonial cuidemos de que las cruces compartidas, que tenemos en el seno de la familia, nos unan. A veces, cuando en un matrimonio hay problemas por un hijo, por un tal, por un cual, los problemas nos tensan, nos aislamos, cada uno vive sus problemas aisladamente y deterioran el matrimonio. Las cruces están hechas para unirnos, las cruces tienen que ser lugar de encuentro en el que oremos juntos el matrimonio por esta cruz, por este problema, confiando en la Providencia por encima de todo.

Tenemos que ser una familia apostólica, porque el matrimonio no consiste en mirarse el uno al otro a la cara, sino en mirar los dos en la misma dirección y pensar en la extensión del Reino de Dios. Una familia apostólica es uno de los indicativos más importantes de su salud espiritual; una familia que no se centre en los problemas *ad intra*, sino que sea una familia de puertas abiertas, una familia evangelizadora, una familia apostólica.

Y, por último, voy a concluir diciendo: una familia que crea en el poder de Dios, que crea en el poder de la gracia y que por lo tanto rece unida y haga de la oración un lugar en el que nos encontremos, encontrarnos en la oración, saber que de ella recibimos la fuerza. La famosa expresión de que “una familia que reza unida permanece unida”. Una familia que tiene en la oración su lugar de encuentro y su oxigenación. Los hijos no necesitan un super-papá y una super-mamá; no, necesitan un padre y una madre que se quieran mucho, aunque sean más normalitos, y que amen a Dios. Eso es lo que necesitan; la familia necesita un padre y una madre que posiblemente sean débiles, sean frágiles, pero que se quieran mucho, que luchen por amarse y por quererse, y que amen a Dios, y que ese amor a Dios sobre todas las cosas les traiga toda la gracia, toda la fuerza que necesitan, para ese revisado y para ese renovado familiar que tanto necesitamos.

Por lo tanto, le pido al Señor que Dios nos dé esa gracia de renovar nuestras familias en esta gran crisis que vivimos, pero sabiendo que la santidad es contagiosa. Y es que estoy convencido de que en la medida en que surjan vocaciones a la santidad en la vida familiar, eso va a ser contagioso, porque ¿acaso no es atrayente ver una familia unida, abierta a la vida, que reza en común, que va a la iglesia, que se convierte en iglesia doméstica? Sin duda es atrayente, y ojalá el Señor nos permita también vivir en esta renovación que todos necesitamos.

Muchas gracias.